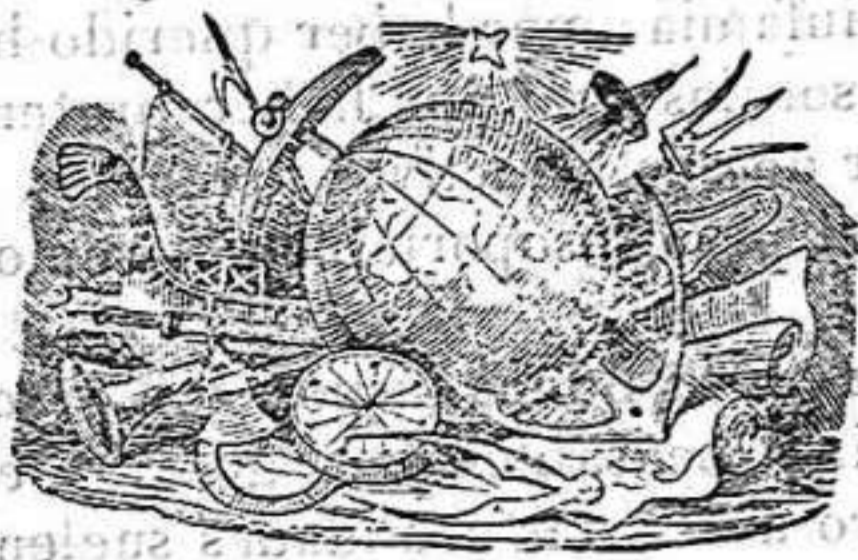


LA MASCARA



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 25 DE MAYO DE 1844

LA MEDIANÍA.

Que quien con amor puro  
la dulce medianía ama y sigue  
está libre y seguro  
de las miserias en que el pobre vive,  
y carece de grado  
del palacio real rico envidiado.

FR. LUIS DE LEON: Oda 10, lib. 2º de Horacio.

La virtud consiste en medio, y todo extremo es vicioso, es una de aquellas máximas ó sentencias que con mas frecuencia repetimos, y de que sin embargo ménos aplicacion hacemos, como no sea para censurar á los otros. En efecto la felicidad asi como la virtud consisten en la medianía; y es necesario evitar los extremos, aun cuando tratemos solo de vivir con quietud en nuestro estado actual, porque el camino del medio es siempre el mas seguro entre los precipicios de la ruina y las redes del vicio, que por una y otra parte nos rodean. La esperiencia de todos los siglos ha confirmado esta verdad, estendida por esta razon por todo el mundo, pues el hombre no puede ménos de observar que todas las obras de la naturaleza están contenidas ge-

neralmente dentro de ciertos límites determinados. Hasta los que llamamos sus dones, y que podemos considerar como las ventajas mas sólidas y duraderas entre todas las cosas terrestres cuando salen del punto medio, acarrear al que los posee muchas calamidades, que evitan fácilmente los que no participan tanto de ellos. ¿No estamos viendo á cada paso á mugeres hermosas perecer en la miseria y la infamia, por haber querido hacer alarde de su hermosura? ¿Y cuántas no son las que por haber pretendido encarecer y subir á mas alto precio el valor de sus atractivos juveniles, gimen hoy en la decadencia de la edad, bajo el peso insoportable del remordimiento, la oscuridad y el desprecio?

La salud, la robustez, y la buena disposicion y soltura de los miembros, son sin duda requisitos indispensables para gozar y ejercer plácidamente las funciones de la vida; pero aun estas cualidades suelen ser muchas veces si hemos de juzgar por sus aparentes resultados, nocivas ó poco ventajosas á las personas á quienes ha cabido la mayor parte de ellas. Los que frecuentan el lecho del dolor, los médicos, hallan siempre las penas mas agudas, y las enfermedades mas rebeldes, entre las personas, que confiadas en la fuerza y vigor de su constitucion, se entregan á los excesos; y no pueden ménos de observar tambien que la superfluidad de la fuerza, que es á un mismo tiempo una ventaja y un perjuicio, no produce mas efecto en la última época de la vida, que el de alargaria un poco mas y arrastrarla por entre las angustias y agonías.

En medio de esto los dones de la naturaleza son siempre inestimables en sí mismos, y acreedora á la gratitud mas profunda la mano omnipotente que los dispensa: su efecto natural es el de labrar la felicidad del hombre; y si llegan á ser perniciosos, es solo por una corrupcion voluntaria, ó por una vituperable negligencia. Mas como no hay fuerza humana capaz de procurárselos al que carece de ellos, la incertidumbre en que estamos acerca del modo con que obran en la vida, hace ó debe hacer, no que rebajemos su valor real y verdadero, sino que reprimamos el disgusto y la envidia que suele producir la falta de ellos en los que no se paran á considerar su fragilidad, ni cuanta menor calamidad es carecer de grandes fuerzas que no el hacer mal uso de ellas.

Lo primero y mas esencial que llama nuestra atencion entre todo aquello que pueda hacernos superiores á los otros, es la riqueza. Nada deseamos con mas ansia, ni procuramos con mas ahinco. La pobreza es siempre un mal á nuestros ojos, y un mal complicado con tantas otras circunstancias de incomodidades y vejaciones, que no hay hombre que no la tema y que haga los mayores esfuerzos por evitarla. Es preciso pues, un cierto grado de riqueza ó cierta suma de bienes ó medios para ponernos á cubierto de los ataques de la necesidad; mas cuando llegamos á este punto, deseamos aun naturalmente ir mas adelante y aumentar nuestra fortuna, para alejar mas y mas de nosotros el mal que tanto horror nos inspira. Aun entónces pretendemos salir de la medianía y estenderla; pero sucede con mucha frecuencia, que el hombre que llega á ser rico, cambia las primeras nociones que tenia de la pobreza, ensancha sus límites á medida de su capricho, y de huir del enemigo que le perseguia, pasa al conato de arrollar á cuantos se le ponen delante. La facultad de satisfacer sus apetitos los aumenta y multiplica: asáltanle mil deseos, clamando porque se les satisfaga y adule, y la vanidad y la ambicion le mueven á formar proyectos, tanto mas acariciados, cuanto mas lejanos y difíciles los contempla.

Así la necesidad se va ensanchando gradualmente hasta no conocer límite alguno: el ardor por aumentar los bienes anega el espíritu y le sumerge en el golfo de la insaciabilidad. ¿Y por qué? por no reflexionar con madurez, que toda necesidad real y verdadera es fácil de acallar y satisfacer, y todo riesgo efectivo de ser invadido por ella, no difícil de evitar: por no considerar atentamente, que los clamores de la vanidad y el orgullo, en fuerza de ser ilimitados, no puedan nunca satisfacerse completamente, y que es ménos punzante y doloroso el reprimirlos y sofocarlos al principio que no despues de haberlos mecido y contemplado.

Todo aquel que fije la vista con atención en los que poseen riquezas inmensas, no envidiará seguramente su condicion ni la considerará tan apetecible, que merezca sacrificar ó arriesgar la tranquilidad, y mucho ménos la virtud para obtenerla; porque todo lo que excede á una fortuna moderada, sirve solo para dar pávulo á los caprichos, á la ignorancia, al vicio, á las lisonjas y á la voluptuosidad. Hay además otra razón, en que no solemos fijar los ojos, para hacer ménos apetecibles las riquezas, y es, la de que siendo excesivas, suelen acarrear la pobreza muy frecuentemente. El que en el seno del lujo y de la abundancia llega á afeminarse, como es preciso que suceda, bien pronto se hace perezoso y negligente: y el que cree que debe descuidar sus negocios y abandonarlos con sus bienes á la vigilancia ó inspeccion de otro, no está muy distante de ser pobre. No tardará mucho en verse envuelto en dudas y dificultades, que por su inesperienza no podrá cortar ó desatar: apelará al auxilio de personas cuyo interes estriba en ofuscarle mas y mas á fin de inspirarle mayor ódio á los negocios y apartarle de ellos enteramente, y se verá al fin devorado por los buitres que acuden siempre á acabar de despedazar las fortunas que van en decadencia.

El escritor que me ha sugerido las reflexiones que preceden, las reasume en el cuento siguiente con que daré fin á este artículo.

## HAMET Y RASCHID.

### CUENTO ORIENTAL.

Cuando las llanuras de la India se fueron desecando á fuerza del cultivo continuado, *Hamet y Raschid*, dos pastores vecinos atormentados por la sed, estabau inmóviles apoyados sobre sus cayados en las lindes de sus tierras jadeando en medio de sus rebaños, y clamando por agua al cielo. Templóse el viento repentinamente, cesaron de piar los pajarillos y de balar las ovejas. Volvieron la vista á uno y otro lado y vieron venir por el valle un bulto de mediana estatura, que así que se fué acercando conocieron que era el *Genio de la distribucion*. Traia en una mano el cuerno de la abundancia, y el hacha de la destruccion en la otra. Temblaron los pastores al verle, y quisieron retirarse de su presencia; pero él los llamó á sí con una voz tan dulce y suave como la brisa de la mañana embalsamada en los aromas sabeos: «No hayais de vuestro bienhechor, les dijo, hijos del barro! yo he venido á ofreceros dones, que en vuestra mano está el saber aprovechar. Estábais clamando ahora por agua, y agua se os dará: decidme la cantidad que necesitais, y quedareis satisfechos. Hablad, desechad el temor; considerad, que en todo aquello de que se puede gozar, no es ménos peligroso el exceso que la escasez. Al recordar las angustias de la sequía, que no se los olviden los

» peligros de la inundacion. Ahora *Hamet*, puedes esponer tu demanda.  
 « Oh ser bondadoso y benéfico! dijo *Hamet*: mira con ojos de piedad mi  
 » confusion: yo aspiro solo á un arroyo pequeño que no se seque en el vera-  
 » no, ni se convierta en un torrente en el invierno.—Concedido, replicó el  
 » *Genio*, hundiéndose inmediatamente con su hacha la tierra, brotó debajo de  
 » su planta un manantial, cuyas aguas fueron serpenteando por medio de los  
 » prados. Renováronse las flores, y su fragancia: echaron verdes hojas los ár-  
 » boles, y saciaron su sed los ganados.»

Volviéndose luego el *Genio* hácia *Raschid*, le invitó igualmente á que le hiciese saber su peticion. « Yo solicito », dijo *Raschid* « que cambiéis el curso del Ganges, y le traigais á mis tierras con todas sus aguas y los habitantes que en ellas se encierran. » Quedóse *Hamet* sorprendido de la exorbitante demanda de su vecino, arrepintiéndose en el fondo de su corazon de haber andado tan parco y comedido, y no haber hecho la misma súplica; mas el *Genio* exclamó: « Temerario, no seas insaciable! acuérdate de que viene á ser nada todo aquello de que no se puede hacer uso, y contempla cuanto mas desmedidas son tus necesidades que las de *Hamet*. » *Raschid* insistió no obstante en su deseo, complaciéndose interiormente del triste papel que haria *Hamet* al lado del propietario del Ganges. Retiróse entonces el *Genio* hácia el rio quedándose los dos pastores esperando á ver el resultado. Mientras que *Raschid* estaba mirando con desprecio á *Hamet*, se oyó de repente el bramido de los torrentes, y vieron que la corriente impetuosa habia roto las barreras del Ganges; las olas inundaron las tierras de *Raschid*, arrancaron los árboles, sepultaron sus ganados, y él que iba en pos de ellos, fué devorado por un cocodrilo.

A. M.

( Mundo. )

## Cántigas de Silvio Pellico.

### EBELINO.

**H**imno de amor y de conmiseracion al justo, al justo denigrado! Ebelino, fiel soldado y consejero del grande Oton, aquel que manifestaba nobles verdades al noble emperador, y corregia luego prontamente con sagaz y amable talento las faltas reprendidas, aquel que sin orgullo ni ambicion ponía á menudo la mano en lugar del monarca en el timon del imperio, y lo manejaba con tanta gloria y confianza del soberano, que le decia este entregando al sueño sus párpados augustos aun en medio de los mas árdnos conflictos: *vela tu ahora, que reposa tu señor*; aquel Ebelino que despues de bañar en llanto las sagradas cenizas de Oton el grande, fué igualmente durante muchos años apoyo, guia y espuela del nuevo Oton en el camino de la justicia, de tal suerte que á todos parecia que no habia fiesta ni hervia el contento, asi en las pobres chozas como en los salones, en donde no se ensalzara el nombre

de Ebelino, este Ebelino murió execrado y era inocente. ¡ Amor y conmiseración á los oprimidos !

Un dia el Eterno, como en los dias de Job, tenia todos los espíritus en su presencia, y dijo á Satanás: ¿ De dónde vienes ?

Y el maligno espíritu respondió: he circuido la tierra del hombre y no encontré un santo.

Replicóle el Señor: Oh padre de calumnias, ¿ no viste á mi amigo Ebelino, al cual ningun hombre parecido encierra el mundo? Tanta es la inocencia que conserva en sus prósperos dias !

Mordióse entrambos labios el ángel de mentira, sacudió la cabeza y murmuró desdeñoso: Ebelino! y ¿ dónde está su mérito? Te ama porque se halla colmado de bienes. Levanta ahora el brazo, hiérele, y verás si te maldice.

Y dijo el Señor: ¿ Acaso no sé yo establecer dias de prueba para los justos? Ea pongo en tus manos desapiadadas todo cuanto posee Ebelino á los ojos de la tierra escepto su vida.

Abalanzóse entónces el enemigo precipitadamente del seno de la tempestuosa nube, desde la cual aterraba fulminando á los mortales, y se halló en un momento sobre la cima de los Alpes. Allí hizo alto el gigante, y mirando de un lado los campos de la amena península, y del otro las densas selvas de los pueblos septentrionales, palmoteó de gozo aplaudiendo con anticipacion el luto que á entrambos reinos amenazaba, y exclamó: ¡ victoria !

Pensó un rato cuál era el placer del mal mas exquisito, y resolvió sumir al justo en la ignominia por mano... de quién? de un amigo traidor: golpe el mas doloroso y el mas propio para trastornar al que con un corazon rico de amor vivió irrepreensible. « Quiero un Judas » rugia el demonio precipitándose por los Alpes abajo, corriendo por los bosques teutónicos y visitando ciudades y castillos con rápida é infernal solicitud.

Por todas partes iba buscando á un hombre en quien descubriera el afable rostro, y los afables modales, y las inquietas y envidiosas miradas del traidor discípulo de Cristo, á un hombre no de alma vulgar sino ardiente, llena de laudables deseos, que se pervirtiera casi sin conocerlo, y enloqueciera de entusiasmo por todas las virtudes, y las siguiera todas al parecer y fuera infiel á todas. Tal debia ser, ó sino un verdadero justo el que fascinara el corazon de Ebelino, y Satanás no le hallaba y maldecia con desprecio la nativa lealtad de los hijos del Norte; pueblo rapaz y violento en las batallas, pero honrado dentro de sus casas. Pero cuando el cruel desespera ya casi de su intento, encuéntrase súbitamente con un hombre cuyo semblante le llama luego la atencion, y dice en su interior: *este es*, y se regocija, y cuanto mas le examina mas se regocija.

El hombre designado por el géuio infernal era un caballero extranjero, cuya nacion y estirpe calla la historia, y que se llamaba Guelardo. Iba de camino montado en su caballo, y ora acometia á los salteadores en defensa de los oprimidos, ora despojaba él mismo á los caminantes si eran mercaderes, y mas si eran judíos. No hubiera recurrido á tales despojos, sino le hubiese reducido á la indigencia un hermano que le desposeyó de la herencia paterna. Ignoraba él mismo por qué vagaba de bosque en bosque: esperaba de la casualidad grandes prosperidades, y viendo que no llegaban estas tan rápidas como sus deseos, revolvía á menudo el pensamiento de suicidarse; muchas veces desde altísimas cumbres media con los ojos el precipicio, y el corazon se le alegraba tristemente, y se hubiera lanzado en las tenebrosas simas, si la

voz ó el aspecto de otros semejantes, ó algun vislumbre de esperanza no le hubieran retraído.

— Salud, caballero.

— Apártate, apártate, peregrino: no tengo oro.

— Ni yo te lo pido, antes bien vengo á indicarte un medio noble de adquirirlo. Vil es el oficio á que te ha reducido la amargura de tu suerte; pero tu alma es noble..... una oculta sabiduría me ha revelado tus destinos. Marcha á Bamberg, preséntate á Ebelino, y obtendrás gracia ante sus ojos y ante los clementes ojos del mismo soberano.

Dijo Satanás y desapareció; quedando incierto Guelardo de si habia sido aquello delirio ó vision. Levanta suplicante los ojos al cielo, penetra en su corazon profundo horror de sus atentados, aspira á borrarlos y á adornar su alma desde en adelante con todas las virtudes de caballero.

En aquel fervor del arrepentimiento encontró á un mendigo y le echó sobre las espaldas el manto, y se complació en ello diciendo: «no hay hombre que me esceda en caridad y en virtudes.» Y sonrió Satanás, é invisible le besó la frente.

Llegó Guelardo á la corte de Bamberg, dirigióse al augusto palacio, presentóse suplicante á Ebelino, y escuchado y compadecido tiernamente por aquella alma grande y generosa, pronto respiró bajo su noble amparo. El beso diabólico habia impuesto sobre la frente de Guelardo una fascinacion infernal: en breve se apegó al extranjero el corazon de Ebelino; y en el palacio y en el campamento este parecia David y aquel Jonatás.

Admirable resplandecia á los ojos de todos aquella fuerte amistad, cuya constancia hacia bramar á Satanás que no podia apresurar el curso de los años. No era de esperar que fuera rápida la transicion entre los honrados pensamientos que nutria Guelardo y su infamia, entre su cariño á Ebelino y su dulce emulacion en la senda de la virtud, y el monstruoso deseo de eclipsarlo. Pero consolábase el triste ángel midiendo su inmortal porvenir, en comparacion de cuyos siglos interminables, no eran algunos años sino un breve instante; y entretanto se gozaba á modo de tigre que aunque sediento de sangre mira la presa, y permanece escondido complaciéndose en contemplar los movimientos y el cándido descuido de aquella, y saboreando mas lentamente la matanza que ha resuelto.

Despues de tanto esperar se acerca el dia suspirado por el espíritu envidioso. Muchos ánimos habia por uno y por otro punto de Italia contrarios al jóven Oton, y que alimentaban ocultamente la esperanza de que Ebelino como italiano les favoreciese en secreto: muchos corazones estaban por él, y en sus audaces asambleas, en los castillos y por entre el vulgo sasurraban que no habia renombre mas brillante que el suyo, que ningun hombre reunia mas votos en su favor, y que se le debia ofrecer la espada de dictador ó el cetro de monarca.

Tuvo noticia el augusto soberano desde su corte germánica de las quejas é irritacion que reinaba en los ánimos exagerados de los lombardos, y mandó con prudencia á Ebelino y á Guelardo para apaciguarlos.

Llegados apénas á la otra parte de los Alpes aquellos personajes, y multiplicado por la voz de la fama el encomio de sus altas prendas, especialmente de las del primero que parece dotado casi de omnipotencia, hierven mas y mas las locas esperanzas, y se manifiestan en las pacíficas asambleas en donde los dos enviados imperiales predicaban en vano sensatez y obediencia.

Oh! caballeros! responde Ebelino á la temeraria invitacion de los rebeldes: jamás serviré de adalid contra Oton á quien estoy unido con los vínculos de la gratitud y de los honores que me ha dispensado, á quien mecí entre mis brazos. Cuando los dos juntos inundábamos en llanto el lecho de su padre moribundo, unió nuestras manos el sagrado anciano, y dijo: «Un hijo te dejo, oh! Ebelino, y á tí, oh! hijo, en Ebelino te dejo un padre,» y con estas palabras en los labios espiró. Entonces su hijo me echó los brazos al cuello, llorando en gran manera, y llamándome su padre, y yo le abracé y le llamé hijo. Así que aun cuando mi señor fuera culpable con vosotros por haber violado sus pactos, arrancaria sí de mis labios paternos una reprobacion, me arrancaria buenos consejos, pero no odio, guerra ni perfidia.

Ea, dijo uno de los principales de los audaces coligados, enmudezcan, oh! Ebelino, los afectos privados, cuando se trata de la causa de los pueblos. Mal presumes que ignoremos la ingrata conducta de Oton contigo mismo que tantos derechos adquiriste al premio y á la alabanza: tu virtud le hace sombra; finje honrarte, pero su ficcion es tan necia que irrita á todo magnánimo corazón. Eres poderoso, mas no eres ya el mismo que todo lo manejaba un dia en entrambos reinos: gobierna ahora Teofanía, que trasplantando de Constantinopla al trono germánico, á que Oton la elevó, las astucias griegas, lo rodea de griegos consejeros maquinando con ellos diariamente tu ruina. Si no ha caido hasta ahora el poder que te concedió el monarca, este es un prodigio debido á tu renombre y un resto de pudor en el tirano. Atiende á los peligros, atiende á tu salvacion: la iniquidad de Oton ha roto los vínculos que pueden unir con él, á todo hombre honrado.

No eran del todo falsos, si bien exagerados los motivos de cólera y de sospechas concebidas acerca de la Emperatriz y de los cortesanos que ella cuando su enlace habia traído de Grecia: pero la firme y cándida alma del piadoso Ebelino se irritó, y defendió con noble energía á Oton, y á la emperatriz, y se sonrió al oír mentar á los griegos, hablando con tanta amabilidad, elocuencia y veracidad que los mas exasperados le escuchaban con reverencia y casi con ternura, aunque inflexibles en su odio feroz y en sus ardientes designios.

Exaltóse funestamente en aquel congreso el espíritu de Guelardo. Veía en su imaginacion conmovido á su amado Ebelino, rey y resucitador de gloria para un pueblo redimido; veíale aparecer en inmortales historias brillante y colosal como uno de aquellos géneos supremos de que se ve privada la tierra luengos siglos; veíase á sí mismo asociado á su gloria, y tal vez heredero de ella, y... ¿Qué es lo que no sueña la audaz ambicion si se le ofrece un rayo de esperanza?

Apénas se halló á solas con Ebelino repitió las palabras y reflexiones mismas, y las comentó con la insistencia de un favorito, recargándolas con el maligno exámen de los actos y pensamientos de Oton, de la griega sentada en su trono, y de los astutos enemigos que la rodeaban; acogió como ciertas las dudas mas irritantes y los menores indicios de peligro; quejóse de ingratitud; apeló al derecho de la rebelion, y por grados se atrevió á proclamarla necesaria y á incitar á ella al leal Ebelino. Interrumpióle este, finalmente, desplegando á los ojos de su tentador amigo, como habia hecho con los coligados, por una parte la fealdad de la traicion, por otra la inutilidad de los esfuerzos para dar gloria y poder á una nacion contaminada con largos odios fraternos.

Obstinóse aquel día en sus anhelos el corazón de Guelardo, y muchos días repitió aun sus impías tentaciones con sofística é inexhausta facundia; de suerte que el generoso Ebelino, resistiéndole siempre pasó no pocas veces de blandas palabras y pacíficas reflexiones á mostrar indignacion y dolorosa sorpresa. Turbóse Guelardo; mas escondió su turbacion y el desamor, y desde entónces siempre en aumento alimentó en su seno tremenda envidia.

Pasan nuevos y afortunados sucesos gloriosos segun el testimonio universal para el géuio del buen Ebelino, pero ya no se alegra Guelardo como en los primeros años de la gloria de su bienhechor. Mira su grandeza con ojo envidioso y suspicaz; y querría sobrepujarla, y no lo puede; y detestando á su amigo, sueña que este le detesta; y en lo que antes consideraba en Ebelino como brillantísimas virtudes, le parece no ver entónces sino astuta hipocresía. Propio de malvados es no creer en la virtud, sospechar causas viles de los actos mas indudablemente generosos, y darlas como ciertas: asi fueron aborrecidos por el mundo los santos de todos los siglos.

De este estado de rencor, en que el espíritu se inclina siempre á echar oculto lodo sobre las obras del justo, hasta un absoluto desprecio de la virtud, no hay mas que un paso. Guelardo, llamado por Oton á Alemania para otros cargos altamente honrosos, miéntras que Ebelino queda gobernador de las provincias de Italia, sospecha ¡el ingrato! que Ebelino artificiosamente haya promovido su partida para quitarse de delante á un hombre á quien en secreto abomina. Devuélve á su amigo el abrazo de la despedida, pero sin palpar dulcemente como otras veces de afan y de dolor: cree fingidos todos los actos, las palabras todas del mas sincero de los hombres, y parte hirviendo en ódio y proyectando atroz venganza de ofensas que no habia recibido.

— ¿Tan ciego seré, decía, que repate sincera la negativa que dió á los rebeldes, ahora que son tan vastas las conjuraciones, ahora que está el imperio fatigado de largas é infaustas guerras, ahora que no necesita la península sino de un nombre ilustre para regirla, ahora que la celebrada Adelaída, que pasó del palacio á la humilde sombra de los claustros, Adelaída, la antigua protectora de Ebelino, se ve ultrajada por la griega, su activa y envidiosa nuera, ahora que Teofania le tiende lazos á las claras y anhela su ruina? Y el falso desconfía de mí! siempre desconfían los viles. Quiso alejarme no sin mira hostil, me arranca de este pais para reinar solo, para no tener acaso quien oscurezca su talento y sus proezas: renuncia á su amigo, desea verme en las filas de Oton al lado de su emperador vendido contra quien en breve vibrará la lanza, y es tanto su orgullo, que ni teme mi cólera, ni mi valor, ni mi sagacidad! ¡Pérfido! ¡nunca hubiera yo sido ingrato á tu amistad; pero tú osas serlo á la mia! tiembla: no falta al injuriado valor y prudencia para arrancar la máscara á tu hipocresía: harto tiempo fueron juguete de ella el soberano, los grandes, la necia turba, y yo mismo juntamente.

Asi se agita en su infame delirio el desventurado sin observar que se apodera de él cada vez mas el rey de los abismos; asi desfigura las apariencias todo el que se abandona á la envidia.

Ved ahí á Guelardo llegado por fin á los régios alcázares de Bamberg; vedle ahí saboreando sus nuevos honores, pero á modo de un enfermo que siente en cualquier manjar la amargura de su propia bilis. No suena ya como en otro tiempo sobre los lábios de Guelardo el nombre de Ebelino, ó si resuena á veces no va acompañado de encomios, y se torna pálido el que lo pronuncia, é inclina torvamente su pensativa é inquieta pupila, y la levanta centelleante, centelleante como todos notan de furor reprimido.



Nota el cambio Teofania con alborozo; nótanlo sus confidentes, y á menudo se ve sentado con grandes honras en los festines de la emperatriz á aquel mismo Guelardo á quien ella en años pasados tanto aborrecia. Urden juntos alguna trama contra el justo ausente, ó bien se abriga la perfidia toda en el corazón de Guelardo.

Sale un día el malvado de aquel convite, y se presenta como aterrado ante el monarca, y postrándose á sus plantas esclama; Ebelino es traidor, fomenta las revueltas, aspira á la corona de Italia: roto está el vínculo de amistad que con él me unia, roto para siempre.

Y presenta por prueba falsos documentos y declaraciones de hombres viles, antes rebeldes y ya prisioneros, falsedades que tenían todo el carácter de verdad. Sobresaltóse el monarca, se cegó con las inícuas apariencias, vaciló todavía, quiso dudar de nuevo, sujetó á nuevo y escrupuloso exámen su mente afligida; pero las apariencias triunfaron mas horribles y seguras: Airado luego, envia á la Italia una turba de esbirros para traer á Bamberg al temido duque cargado de cadenas.

En aquellos días residia en Milan el inocente duque, y descansaba una noche, cuando en sueños se le presenta el grupo de sus amados hermanos fenecidos en distintas guerras junto con su anciano padre. «Huye, le gritaba este, te han vendido,» y los otros afanosos y sollozando repetian á una voz: «Huye, huye.»

Dispiértase, ruega por aquellas almas, y se duerme otra vez; y hé aquí que se le aparecen en su nuevo sueño el grande Oton I, y Adelaida, con la frente no ceñida todavía con la toca monacal, sino con la imperial diadema. Tristes eran sus semblantes, y «Huye, le decian, huye del furor de nuestro hijo, que su furor será mortal para tí.»

Dispiértase el noble duque, ruega por aquellas almas, y se duerme tercera vez, vése trasportado á remotos siglos y á la ciudad solemne do se eleva el Calvario, y allí ve el huerto de Getsemani, y una turba de gente armada que se acerca, y á Iscariote dar el beso á la víctima... Oh sorpresa! Iscariote era Guelardo!

Salta del lecho Ebelino despertando aterrado y juzga como avisos de su ángel aquellos tres sueños. Quisiera huir; mas dónde? mas por qué? ¿Huye alguna vez el inocente?

Pocos momentos luchó con aquellas ideas de estapor y de tristeza: no tardó en llenarse de armas su mansion. Oyó Ebelino que venian aquellos soldados de parte del emperador con orden para él de seguirlos: entregó con mudo estremecimiento su espada á los carceleros, y tendió sus honradas manos á las esposas. Arrástrale como á un bandido, y Milan y toda Lombardia miran con asombro aquella caída tan inopinada. Sufre inauditos oprobios el prisionero, y no sentiria sufrirlos de parte de los esbirros; mas le escarnecen por el camino los italianos maldiciendo de su pasada gloria. Este esclama; «Vé, maligno promovedor de rebeliones; vé, causa maldita de la tremenda cólera que derrama el César sobre nosotros.» Aquel: «Vé, cobarde esclavo de los Otones, que te negaste á ser el libertador de Italia! bien merecieron tal premio tus servicios.» Y algun otro prorrumpla mas bajo: «Fastidio me daba de oírte llamar el justo: al fin podremos saber algun delito tuyo, y aborrecerte.»

En todo el curso de su camino hasta los confines de los campos italianos, enmudeció Ebelino entre los desprecios que sufría; pero cuando estuvo en la

cima de los Alpes, volvió atrás los ojos y levantando los brazos encadenados. ¡Oh mísera patria! exclamó, harto maldita por tus vicios, yo no te maldediré. Concédete hijos el cielo que se amen entre sí y te amen como yo te amaba y te amo todavía, y que mas afortunados que yo alcancen gloria sin tener que espiarla con insultos y dolores.—Maldícela, le gritaba al oído una voz infernal, mas él repitió «por última vez te bendigo.» Y lloró como piadoso hijo sobre la ignominia de una madre infeliz, y se acordó de cuanto esta madre había brillado en virtud entre las naciones, y de cuantas causas habían concurrido á depravarla; invocó sobre ella las grandes misericordias del Señor, sin poder arrancar ni los apasionados ojos ni el pensamiento de su dulce cielo y de sus risueños campos ilustrados todos con algun recuerdo.

Satanás que en valde le había impelido ocultamente á lanzar imprecaciones sobre el suelo patrio, ahulló de rabia oyendo sus votos, y corrió por las alturas y llanos de la Alemania gritando. Por fin ha caído el intrigante italiano, el seductor de nuestros soberanos, el protector de cuantos venían de Lombardía para engordar en el suelo germánico, grey rapaz que en pocos años nos ha dejado en indigencia tanta. Todos nuestros tesoros los estraía Ebelino para su patria, y allí queria alzar para sí un trono cuando Oton asediado por la miseria fuera incapaz de contrarestar los rebeldes escuadrones.

«¡Muera Ebelino!» fué la respuesta universal de la plebe alemana, y en un solo dia fué olvidado por miles de corazones á los cuales antes habia arrancado tantos aplausos su mansedumbre, su modesto desprendimiento de las riquezas, su generosidad en derramarlas sobre los infelices pueblos, su beneficencia y celo no ménos para con los extranjeros que con los italianos. Aquella série de brillantes virtudes antes tan conocida, pareció en un momento un vil encanto, una mentira: convenia en efecto desmentirlas; el reconocimiento es un grave peso para las almas bajas que se gozan en asirse de un pretesto para rechazarlo, y el ódio, la ingratitud y la calumnia son enfermedades contagiosas.

Sabedor de los innumerables beneficios que derramara, habia creído siempre el irrepreensible caballero que habia infinitos corazones con vínculos de amor. Sorprendiéronle los repetidos é inmerecidos oprobios; pero calló, y meditando sobre tanta perversidad de los mortales, se avergonzó de ser hombre, y se humilló en presencia de Dios. En vano Satanás continuó mirándolo aun, y esperando que brotaran en él deseos de blasfemia y de venganza.

Llama el Omnipotente á su presencia á todos los espíritus ministros suyos, y dice á Satanás: ¿De dónde vienes?

Y el maligno espíritu responde: He circuido la tierra del hombre y no encontré un santo.

Oh! padre de calumnias, replica el Señor, ¿no viste à mi amigo Ebelino al cual ningun hombre parecido encierra el mundo? ¡Tanta es la inocencia que conserva en medio de su dolor!

Mordiósese entrambos labios el ángel de mentira, y murmuró: ¿Dónde está su mérito? Te ama, porque confiando en tu amor espera que en breve será descubierta su inocencia. Estiende el brazo, hiérele mas fuerte y verás si te maldice.

Y dijo el Señor: ¿Acaso no establezco yo dias de prueba para los jus-

tos? Ea, en tus manos está Ebelino, su vida, su misma fama à fin de que mas se engrandezca su gloria y tu inmortal oprobio.

Ahalanzóse el enemigo precipitadamente del seno de la nube desde la cual aterraba fulminando à los mortales, y se halló en un momento sobre la cima de los Alpes. Allí hizo alto el gigante, y mirando de un lado los campos de la amena península y del otro las opacas selvas de los pueblos septentrionales, palmoteó de gozo, aplaudiendo con anticipacion el luto que à entrambos reinos amenazaba, y exclamó: ¡victoria!

Desde allí se deslizó hasta la ciudad del trono y de cien felices é ínclitas moradas, y de la horrible prision donde arrastra su cadena Ebelino. Despierta el demonio cobardes iustintos en los jueces llamados por Oton al exámen de la importante causa; si no declaran reo al acusado temen la ira de Oton, la ira de la emperatriz, la ira de Guelardo que reina ya en nombre de entrambos, y si hallan culpa en él, esperan mayor lustre, y mas pingües y honrosos salarios.

¿Quién es el primero entre los jueces? ¡Oh impudencia! ¡el mismo Guelardo! ¡Oh! cómo tiembla sin embargo el corazon del malvado oyendo acercarse al inocente encadenado. Entra este con humilde pere no abatido semblante, y en su pálida frente se ve marcado aquel brío que solo conviene à la inocencia.

Oculto Guelardo su temor, y empieza à interrogarle en esta forma:

= Cuál es tu nombre, desventurado reo?

= Soy Ebelino de Villanova, amigo tuyo.

= Rechazo la amistad de un traidor; aquí solo se sienta en mí tu juez. ¿Qué maquinaste con los Lombardos?

Miróle à la cara el acusado y no respondió.

Continuó Guelardo: Tu eras secreto resorte de sus intrigas; ofreciente el cetro, y tu mano estaba pronta à aceptarlo en el dia en que ansioso vacilabas en fijar, en el dia que gracias à Dios no ha amanecido. Hay entre tus cómplices quien atestigua al tribunal tu perfidia.

Y permaneciendo mudo Ebelino, entran en la sala à una seña de los jueces los citados testimonios. Eran dos de aquellos bárbaros vocingleros de libertad, de venganzas cívicas y de amor patrio, que mas bullian en los audaces clubs de la rebelion, que arrojaban desprecio à manos llenas sobre los vacilantes y los moderados, y que mas capaces parecian de arrostrar cualquier suplicio antes que soltar jamas una palabra de cobardía para salvarse à sí propios.

Estos héroes de matanza, estos atroces pregoneros de furor invencible, apenas se vieron arrancados en sus alegres cenas, y sus puños abrumados de hierro, y el cadalso enfrente temblorosos como mugerzuelas, convirtieron los arrogantes clamores en torpes làgrimas y en declaraciones aun mas torpes para su infame rescate, designando al verdugo otras cabezas. Escapósele à Ebelino un movimiento de sorpresa al verlos en aquel sitio: ¡Vosotros! exclamó; ¡vosotros! pero ¿de qué maravillarse? ¡Oh! Con razon he despreciado siempre las almas feroces, y bien me decia el corazon quienes erais vosotros. Y cabalmente porque vi hartas gentes de esa especie en las reuniones en que se me querian en vano ar-

rancar aplausos, y vi pocos corazones elevados, enemigos de la insolencia y de estragos, presentè tristemente el oprobio, el luto de mi patria, si permanecia sorda à mis ruegos y amenazas cuando trataba de insensata y de inicua vuestra empresa.

Balbupearon los testigos, y fijas en Guelardo sus miradas, sostuvieron sus calumnias concertadas de antemano. No se dignó responderles Ebelino, y pidió que le condujeran ante Oton á quien queria hablar. Inútilmente desoyó Guelardo esta peticion repetida tan enérgicamente por Ebelino, que uno de los que estaban sentados para juzgarlo, se levantó generoso exclamando: ¡Oh el mas infeliz de los acusados! mis labios llevarán tus deseos al pie del trono.

Nadie pudo detener los pasos de aquel firme magistrado que se encamina al emperador, le habla francamente, y decide al piadoso Oton á dar audiencia al reo.

En tanto, pues, que el afligido monarca en sus régios y espléndidos salones esperaba que le fuera presentado aquel Ebelino, antes tan querido, renacian en su memoria los elevados y numerosos servicios de aquel héroe, y la amistad que le habia enlazado con el grande Oton su padre; se conmovia recordando cuantas veces siendo él príncipe aun y niño, le habia tomado en sus brazos Ebelino con ternura, cuántos paternales cuidados le debía, cuántos y cuán árduos peligros arrostrados en la guerra en defensa suya, y su corazón se inclinaba á la clemencia.

Oye resonar en las contiguas salas las cadenas que arrastraba el preso, y se le hiela la sangre de compasion, y al verle entrar pálido, macilentto, se le hinchan los ojos, y oculta con trabajo lágrimas generosas.

Tambien estaba conmóvido Ebelino al hollar con aherrrojada planta las alfombras que con paso dominador habia tantas veces hollado, y al ver en derredor suyo á tantos que en otro tiempo se inclinaban reverentes à su presencia, considerándose felices si les apretaba la mano, y que entonces en su aire de importancia dejan entrever unos vilipendio, y otros estéril compasion.

Llegado Ebelino á la augusta presencia, se inclina reverente y aguarda el real mandato.

— Habla, desventurado; no hay hombre que con mas ardor desee oir tus disculpas.

— Señor, mi inocencia debia estar escrita á tus ojos en los largos é irreprehensibles años que consagré al servicio de tu familia y del honor. Mis enemigos te han inducido en engaño, y me oprime la calumnia.

— Añade á tus palabras alguna prueba, y Oton reputará este por el mayor de tus servicios.

— Si no te sirven de prueba los hechos que obré á la luz del sol, mi experimentada aversion á todo engaño y á toda ambicion injusta, si nada te dice mi semblante imperturbable en medio de tan amarga desventura, se me ha cerrado toda esperanza de salvacion: ante las leyes está bastante atestiguado mi supuesto crimen. Nada, señor, nada puedo consagrarte en este momento sinó los últimos esfuerzos de mi celo, manifestándote verdades que acaso no oirás mas si no las oyes de mi boca.

— Te escucho, dijo el rey. Y Ebelino pareció olvidarse de su propia causa, y se ocupó en desarrollar profundos consejos de estado, señalando las verdaderas necesidades del ejército, del pueblo, del sacerdocio, de los tribunales, y del palacio mismo, las únicas providencias rectas y eficaces para impedir la embriaguez de las sublevaciones y robustecer el imperio, los actos mas laudables y acertados de los antiguos emperadores, y en especial de Oton el Grande, y los reprobables en que incurrieron, añadiendo cuan difícil sea imitar siempre los primeros y nunca errar, y cuan fácilmente los mas ilustres príncipes son inducidos en error por la adulatoria caterva. Designó á algunos lisongeros del soberano, designó el vil cambio de Guelardo, sus palabras acerca de ellos fueron breves, y ni aun se dignó proferir los nombres de almas tan rastreras; pero aquellas rápidas palabras eran enérgicas, asi como el ímpetu del brazo paterno que sostiene sobre el borde de un abismo al hijo que va á despeñarse.

Vuelve en sí Oton; jamás le habian impresionado verdades tan enérgicas, juicio tan exacto, luminoso y elevado. En otros coloquios, en dias mas felices el buen ministro decia la verdad, pero tal vez de un modo mas rebozado respetando el orgullo de su rey; pero entónces sus palabras son solemnes, son el urgente grito de un hombre, que próximo á la muerte, rinde todavía al monarca y á la justicia un tributo de fidelidad diciendo todo lo que le parece útil para los súbditos al par que para el gobernante.

A la belleza que comunican la verdad y el valor, y al magnánimo enternecimiento que, aunque comprimido por un resto de altivez, se trasluce en la voz y en las benignas miradas, se unia en Ebelino un conjunto de nobles facciones y gallardo continente con que le habia favorecido la naturaleza, y que dando mas autoridad y atractivo á sus expresiones, y desvaneciendo toda suposicion de bajeza y de cobarde astucia, no podia menos de impresionar á Oton, cuya magnanimidad no carecia de simpatías hácia los corazones de noble temple. Próximo estuvo á ceder, á ceñir con entrambos brazos el cuello del preso y á exclamar: «Falsa declaro toda alegacion contra mi leal súbdito;» pero Satanás espió aquel instante é impelió á Teofanía en busca del emperador.

Linda era la princesa griega, y adornada de brillantes gracias, perspicacísima y punzante en sus sarcasmos; y con palabras casi de desden se burlaba á menudo del bondadoso carácter alemán; palabras que mas de una vez hacian sonrojar á Oton, quien por lo mismo que amaba á su fascinadora esposa, ambicionaba complacerla y hacer alarde de ánimo inflexible y decidido, ahogando con este motivo en su corazon los impulsos de sus generosos sentimientos.

Saludada por los guardias se adelanta la soberana por entre las columnas de aquellos regios sitios y se sorprende hirviendo en ira al ver á Ebelino, y lanza á Oton una mirada que parece decir: «Necio, ¿dejarás seducirte?» No se necesitaba menos ¡ay! para confundir al monarca: de repente se reviste este de mas severa magestad, y dice al cautivo: Vuélvete, descubriré la verdad entera, y si eres inocente espera nueva gloria, si culpable la muerte.

Vuelve Ebelino á su prision y conoce que le es ya inevitable el morir.

¡Oh cuán lentos para él pasan los días, cuán lentas las noches! Aquella continua igualdad de una hora con otra, y el perpetuo desvelo, y la perpetua oscuridad, y la escasa y repugnante comida, y la voz desdeñosa de este ó aquel esbirro, y el frecuente ahullido de otros presos desesperados sepultados allí cerca en uegras bóvedas, y el sonido de sus cadenas propias mezclado al de las ajenas, y el obsceno canto del ladron que se prepara á la horca con blasfemias, y los gemidos del enfermo tal vez inocente que espira sobre la paja, y el solícito paso de los guardias que dicen: «ha muerto» voz que el eco de los tránsitos repite de un modo aterrador, y el llanto de un amigo que al oír el nombre del difunto grita del fondo de su nicho: «ay! y yo le sobrevivo!» y por contraste de aquel llanto la mofa infame, ó el indiferente silvido de los que sacan el cadáver, y en medio de esta serie de indecibles angustias que representa los eternos tormentos del abismo, recordarse de los serenos días que desaparecieron, de los aplausos, de las halagüeñas esperanzas, y sobre todo de los mas dulces afectos... oh! este es tal y tan inmenso cúmulo de padecimientos y de temores que amenaza abrumar con su peso al mas fuerte y altivo entendimiento: y si una alma varonil puede conservar á veces altanero desden contra la cruel fortuna, ó pensamiento de paz, de perdón y de fe en el cielo, llega ¡ay! sin embargo una hora amarguísima en que indomable tristeza oprime cruelmente el corazón, y no hay quien consuele; y otras horas semejantes suceden á aquella y se cae de angustia en angustia, y ataca al cerebro un ardiente delirio, y teme uno ó desea volverse loco. El corazón por mas generoso que sea, no se puede cerrar al violento torrente de odio que derraman en él mil recuerdos de la bajeza de los hombres, y se vuelve uno feroz y se horroriza de sí mismo exclamando: ¿Soy yo un criminal, aunque ningun crimen me recuerda? y se pide al Eterno, y por largo tiempo se le pide en vano una centelia de amor.

Conoció tambien Ebelino estas angustias, y entonces Satanás sentado á su lado invisiblemente le pintaba con el artificio que le es propio todo lo mas apto para arrastrarlo al furor y á la desesperacion; mas Ebelino resistia y en medio de sus ansias pensaba en el Hombre Dios que sublimó los dolores y fué ludibrio de ingratos y de crueles; y esta idea que parece insensatez á los ojos de los dichosos, no le parecia insensata viendo en aquella inmortal historia ennoblecidas las víctimas en todos sus martirios y ojeando sus páginas admirables poco á poco amansaba sus iras y perdonaba á todos.

Mas la parte del corazón que mas doliente se desangraba era aquella en que habia esculpidos dos caros semblantes, uno el de su madre decrepita que en aquellos tiempos vivia sosegada en Quedlimburgo á la sombra de los altares, y otro el de la madre del emperador; en el mismo claustro estaban ambas encerradas, y raras veces iban á palacio, que se habia hecho odioso para Adelaida desde que dominaba en él su soberbia nuera.

¿Cuáles habrán sido, decia, los sentimientos de mi madre, y cuáles los de la venerable emperatriz al oír mi desventura? Ellas no, no me creen reo; para ellas al ménos será precioso siempre mi nombre mientras le abominen todos los mortales.

Así gime Ebelino. Un día por fin obtuvo su madre la gracia de verlo, y descende á la prision de su hijo. ¡Oh inefables y sagradas conversaciones y sagrados abrazos de aquel coloquio! ¡Oh compasion! No puede una madre rescatar con su sangre al fruto de sus entrañas, y el mas amante de los hijos debe ¡ay! deplorar en secreto la prolongada vida de su madre.

Oh! qué noche siguió al día en que fué visitado Ebelino por su inconsolable madre! El desahogo de los corazones en medio de la desventura es el sumo alivio, pero despues de él cuando el triste cautivo se arranca de los compasivos brazos de un objeto amado, y queda solo, ¡cuánto mas dura es la soledad! ¡con cuánta mas ansia echa menos los bellos días en que vivia entre sus amigos! ¡cuánto mas viva y desgarradora es la compasion que siente de sí mismo y de los que le aman!

No quiso el cielo que pasara yo sin probar este dolor, y al recordaros, oh! diez años de prision, recuerdo amarguras infinitas, pero tal vez la mas acerba fué cuando yo despues de abrazar á mi padre le vi separarse de mí, cuando sintiendo aun su beso sobre mis labios, decia: este es el postrero.

No duraron diez años, pero sí muchos meses todavía los sufrimientos de Ebelino. Tal vez esperaba en el *juicio de Dios* desafiando á sus iníquos acusadores, derribarlos con su invencible acero, porque ¿quién como Ebelino en fuerza y en destreza? Y cuanta destreza y fuerza no da en el duelo una conciencia sin mancha, y una alma injustamente ofendida. Mas Dios, tal vez aborreciendo tales *juicios*, no quiso que sancionara Ebelino la perniciososa costumbre, ó fué obra del mal espíritu el impedirlo. La pestilente atmósfera de la cárcel infunde malísimas influencias en el oprimido, y Ebelino queda abatido por calenturas incurables. Acaso se hacia ilusion en su abandono imaginándose que alguno de tantos sobre quienes habia derramado sus beneficios, entónces por repentino impulso de amor y de gratitud se ofreceria á combatir por él, pero aguardó en valde.

Amanece el día del suplicio: Ebelino es presentado ante los jueces, y Guelardo le lee la sentencia. Oyóla el condenado, inclinó la frente, dió gracias á Dios en silencio de que al fin pusiera término á su holocausto, y deseó ver por última vez á su madre. Llegó la anciana, y ambos se consolaron recíprocamente con noble valor y con mútuas reflexiones religiosas, pues solo ella y un piadoso ministro del Señor eran sabedores de la inocencia de Ebelino. Rápido traseurre aquel sagrado tiempo, y solo restan ya los instantes del patíbulo. Póstrase humildemente ante el sacerdote el virtuoso caballero, póstrase en seguida ante la madre, recibe su bendicion, y se separan sonriendo, y esperan en breve abrazarse otra vez en el cielo.

Atraviesa las calles entre los verdugos, nivelado con el mas vil de los bandidos, y levantan contra él las turbas insanos ahollidos de vilipendio: si bien se pasmaba él de aquellas últimas é impudentes muestras del odio ageno, rogaba con todo por la multitud. Llegado al cadalso subió con firme paso, y quiso hablar, mas no se oyeron sus palabras, tan horribles eran los clamores de vituperio; y entónces él mismo hizo seña al verdugo, sentóse en el escaño, puso el cuello sobre el cepo..... y cayó la segur.

El ángel de la calumnia aunque no habia podido inducir á la blasfemia al santo caballero, y se mordía envidioso las manos viendo á aquella noble alma elevarse á Dios, *vencido hé*, queria audazmente esclamar, mas antes que la mentira saliese entera del infame pecho, llovieron rayos del cielo y precipitaron al mentiroso espíritu en los eternos abismos.

¿Dó está el nuevo Judas? ¿Por qué ha perdido el color de sus mejillas y la procacidad de la voz y de las miradas? ¿Por qué no corresponde á la sonrisa que le dirige á menudo Teofania, y baja los ojos, ó mira espantado á derecha é izquierda? ¿Y por qué si pasa tarde por sitios oscuros apresura el paso para llegar donde dé la luz, y llega anhelante como si alguien le persiguiera? ¿Por

qué busca á veces á los mendigos por la calle, y derrama sobre ellos el oro á manos llenas, é invoca el auxilio de sus oraciones, y furioso despues se queja de que son estas ineficaces? ¿Y por qué en los festines algunas veces se embriaga, y da risotadas, y se jacta de intrepidez contra todo miedo, y, cuando en su embriaguez se tiende en el lecho, tiembla y aholla, y pide á su fiel siervo el cilicio ciñéndose con él? Anhelaba por el arrepentimiento, y su alma perversa estaba fria y cerrada al arrepentimiento.

Un dia pasó con otros magnates acompañando á Oton por la plaza donde se veia aun clavada en un alto palo la cabeza de Ebelino: queria el traidor fingir contento, y al mismo tiempo desviaba espantosamente sus pupilas, y castañeaban con fuerza sus dientes. Mirale el emperador, le ve vacilar sobre el arzon y acude á sostenerle.

— ¿Qué es lo que te turba? ¡Oh! ¿qué es lo que te turba? le repite.

— El es! esclama Guelardo, mi vendido amigo! ¿Quién me librará del justo inmolado?

Oblígale á hablar, la invencible fuerza del remordimiento, mas no de remordimiento santo: maldice el cielo y la tierra, descubriendo entretanto el profundo arcano. Rodean al confeso apiñado círculo de nobles y numeroso vulgo, y se horrorizan de sus palabras revelándoseles toda la abominable historia. Levántase de todos aquellos corazones un lamento universal: «Oh desventura! oh culpa atroz! el caido Ebelino era inocente.» Y Oton mas desconsolado que los demas grita delirante: «Desventurado de mí! era inocente, y yo le hice dar muerte!»

Revuélcase el traidor en su sangre... ¿Qué mano dió el primer golpe? No pudo aclararlo la historia: los mas dijeron que el infeliz se habia clavado arrebataadamente un puñal en el corazon, otros que Oton le habia herido. Hierve el tumulto con horrible furia. Ved ahí dividido, despedazado en cien trozos, aniquilado el infame cadáver. El emperador, los nobles, el pueblo se inclinaron ante la cabeza de Ebelino, y se dió lugar en el templo á la santa reliquia.

Alto el amor de júbilo y de rabia retumbó en el infierno cuando en él se abismó el traidor, pero solo para la mas ínfima y vil plebe de demonios fué aquel un dia de fiesta: su soberbio rey fijando con ira las miradas y el pie sobre Guelardo ahulló: ¿Qué gloria puede acarrearame una alma tan vil?

(Heraldo.)

